

Hasta la playa

Para la mujer, el día empieza cuando ella ya querría darlo por terminado. Como tiene a un hombre, corta las verduras, añade la salchicha y el concentrado de caldo y se pone a preparar un puchero o algo por el estilo para él. En realidad el puchero es un plato sencillo y, a pesar de que piensa que es capaz de cocinar algo más elaborado que sacie su propio apetito, prepara lo que él le pide, aunque no la satisfaga.

La mujer mira fijamente el caos que hay dentro de la cazuela y le recuerda al que vio en otro lugar: es como un *déjà-vu* del caos que sentía desde pequeña. En aquella época no era capaz de seguir el ritmo del chismorreo, la competición de alardes y el estado de sobreexaltación derivado de una excesiva autoconciencia de las otras chiquillas, así que se dedicaba a interpretar el papel de niña con serenidad, invadida por una sensación imprecisa de soledad y melancolía. Le parece recordar haber vivido arrastrándose cual serpiente por una clase, a punto de asfixiarse con el olor de ambientador para la ropa, espuma para el pelo y madalenas, pero no es un recuerdo nítido gracias al estado de caos y las penurias en que andaba sumida en aquellos tiempos.

«Aquel profesor joven me mira con ojos de pervertido, pero a mí él no me gusta ni pizca». «Yo ya admiraba a ese artista antes de que fuera conocido, pero, ahora que ha saltado a la fama, pienso dejar de seguirlo». «Aunque todos opinan que aquella chica es mona, a mí no me convence su cara. Dicen que es más una monada que una belleza, pero lo que eso significa es que no es guapa».

Estas conversaciones insustanciales que flotan como el merengue y desaparecen son, en efecto, merengosas y livianas, pero a las niñas les resultan de máximo interés. Les interesan porque les sirven para intentar descargar todo lo que pueden su exceso de sensaciones fisiológicas. La mujer se tragaba los desahogos de las otras chiquillas como un pez que boquea para conseguir oxígeno; la tripa se le llenaba, se le hinchaba como a una embarazada y su cuerpo amenazaba con estallar.

También recuerda algo que un profesor le dijo de pequeña:

—Tienes la cara lívida y pareces angustiada. ¿Te encuentras bien? A pesar de tu aparente malestar, te ves como abstraída y embelesada. ¿Se puede saber en qué piensas? ¿Eres capaz de concentrarte así?

La mujer era consciente de ello, sabía que se hallaba en aquel estado de éxtasis que precede a algún tipo de síncope. Presa de ese estado, se hizo mayor y conoció a un hombre. Convencida de que ya no tendría que aguantar aquellas insatisfacciones y quejas merengosas de su infancia, había encontrado a aquel hombre y, sin saber muy bien si lo amaba o no, habían terminado juntos.

Un buen día, el hombre le espeta:

—Hablas sin seguir ningún tipo de hilo. Me parece estar escuchando palabras que se desvanecen como la espuma, que son como intentar atrapar una nube.

Al oír *espuma* y *nube*, la mujer ata cabos: «¡Ah! Se refiere a eso que de pequeña me parecía merengue, aquel desahogo fisiológico vacío».

Lo que dice el hombre la asusta. Teme estar hinchando en su interior y vomitando aquella bola de aire que se expande, que tanto sufrimiento y angustia le provocó antaño.

Pide perdón de inmediato y se queda lívida como ante aquel profesor de la infancia, pero no sabe muy bien por qué se disculpa. Solo es un pretexto para que el hombre que la oculta no se aleje de ella.

—Hoy me noto un poco rara, perdona. Tienes razón: las palabras han de seguir un hilo y ser constructivas como un monasterio de piedra. Lo siento. Es que no estoy muy fina, solo es eso.

Lo de no estar fina le viene desde la niñez, pero ella finge que se trata de algo momentáneo. «Lo que sea con tal de que este ser que me oculta no se marche», piensa.

Al emplear la expresión *monasterio de piedra*, se siente culpable porque es la que define el concepto que alberga de él desde siempre: grande, pero falto de calidez, incluso frío. Se arrimó a él para sentirse segura, pero no se libra de la sensación de que sigue temiendo algo. «¿Quién es en realidad?», se pregunta. «¿Qué es este desasosiego impreciso que siento, a pesar de tener cerca un ser tan grande?».

La mujer es vagamente consciente de que, sobre el monasterio de piedra, se ciernen oscuros nubarrones que empapan el edificio con su lluvia fría y dejan caer relámpagos. «¿Y si el monasterio se derrumba? ¿Y si quedo a merced de la tormenta?», duda, temerosa. «Este hombre me inquieta y parece tener una faceta fría, pero no me queda más remedio que confiar en él y depender de él. Soy adicta a él».

Sucedió un crimen pasional. Una mujer mató al hombre que amaba

envenenándole la bebida. Luego se tiró al mar, seguramente pretendiendo que pareciera un suicidio doble, pero la encontraron enseguida. Al parecer, el impulso de cometer aquel crimen le había sobrevenido un buen día, de repente. Todo el mundo asegura que eran una pareja bien avenida. Ella se veía muy asustadiza y nada hacía pensar que tramara un suicidio doble. Llevaba la casa con verdadera entereza; las camisas de él se veían blancas y bien almidonadas y el extractor de la cocina emanaba un aroma de salsa de soja muy azucarada.

Aquella mujer parecía feliz de verdad. Aunque fuera asustadiza, siempre sonreía y salía a tirar la basura bien temprano, vestida con un delantal con estampado de lavanda que el marido le había regalado por su cumpleaños.

—Este delantal me lo compró él. Me hizo mucha ilusión y lo cuidó mucho —le gustaba decir.

Cuentan que era aficionada a los culebrones y a las novelas ligeras. Solía comentar a las vecinas:

—¿En la vida real también pasarán cosas tan tristes y conmovedoras?

Al decirlo, se le enrojecían los ojos y a veces se le escapaban las lágrimas. Era sumergirse en aquel mundo de fantasía y desatársele las emociones.

—¡Con lo buena que era y lo pacífica que se veía! ¿Cómo le dio por querer suicidarse con él, si lo quería tanto? Nadie es lo que parece —comentan las vecinas intercambiando cotilleos. Y le dan vueltas al tema como si disfrutaran con ello. Lo repasan una y otra vez como cuando las olas embistieron a la mujer, una tras otra, al tirarse al mar.

En una ocasión, la mujer había dicho a las vecinas:

—¿Por qué será que el mar no tiene forma? ¿Por qué las olas van y vienen sin parar? Y, a pesar de ello, nada cambia. Menudo misterio.

Las vecinas debieron de preguntarse por qué les hablaba del mar sin venir a cuento de nada.

—Las olas repiten las mismas acciones incontables veces sin que se produzca ningún cambio. Se parece mucho a nuestras vidas, ¿no? Cocinamos, hacemos la colada... Todos los días lo mismo, ¿verdad? —les planteó—. Pero, a pesar de que repetimos esas acciones cada día, el tiempo pasa sin dejar ningún poso. Últimamente tengo la sensación de que no he aprendido nada, no he descubierto nada y no he

entendido nada. Como si ni siquiera hubiera madurado como persona. Me pregunto si está bien pasar así por la vida.

—A pesar de todo —suspiró—, quizás esto no pueda ni considerarse un problema. Los hombres están ocupadísimos trabajando. Hay que hacerse cargo de que es como si vivieran una revolución todos los días. Si lo pienso así, comprendo lo agradecida que debo estar de vivir sin revoluciones.

Con todo, al ver el mar me inquieto un poco —añadió—. ¿No resultará tan frío, tan lívido, precisamente porque repite ese vaivén de las olas a diario? ¿No será que en realidad oculta algo que se acerca sigilosamente? ¿No llegará un día en que se derrumbe de repente?

Las vecinas creían que aquello eran tan solo fantasías. Estaban convencidas de que la mujer las inventaba porque tenía demasiado tiempo libre y veía demasiados culebrones. Enfrascadas en la insatisfacción que sentían con sus hijos y maridos, no se detenían a pensar en las pesadillas de ella.

De vez en cuando, después de entregarse a aquellas fabulaciones terribles, la mujer volvía a la vida real. Le sucedía exactamente como a las olas, que van y vienen, pero ninguna vecina se daba cuenta.

No lo sabían ni las mujeres del barrio ni ella misma siquiera, pero, poco a poco, algo grande e impreciso se le aproximaba con sigilo. Nadie se percataba tampoco de que ese algo tenía la misma envergadura que la revolución que experimentan los hombres a diario en el trabajo.

Así de ordinario fue el contexto en que se produjo aquel caso de suicidio doble. Por más que se intentara dilucidar la verdad del incidente, no daba indicios de prestarse a aclaraciones. Era un enigma como el porqué del vaivén de las olas.

Aquella mujer no parecía distinta a sus vecinas en nada. Trajinaba en su día a día mientras por dentro iba engendrando aquellos indicios perturbadores. Todas las mañanas sacaba la basura, recogía el periódico y, al cruzarse con alguien del vecindario, le saludaba diciendo:

—Buenos días. Qué bueno hace hoy también, ¿eh?

Si en algo se diferenciaba de las demás, era solo en que ella añadía:

—Este tiempo es de agradecer, ¿verdad?

De agradecer. Pero ¿a quién se lo agradecía? Sentía gratitud hacia algo tan

enorme como el mar. Conocía, de un modo impreciso, la mera existencia de algo grandioso.

La mujer se entera del caso del suicidio doble por la prensa.

—¿Qué miras? —le pregunta el hombre—. ¿Se puede saber qué lees en el periódico tú, que no tienes ningún interés por lo que pasa en la sociedad y en el mundo?

Ella cierra el periódico y lo esconde, tal vez sintiéndose culpable.

—Nada. Bueno, solo es que había un artículo sobre labores de punto y, como me picaba un poco la curiosidad, le he echado un vistazo. ¿Qué te apetece comer hoy?

La mujer agarra el periódico con la mano y, por algún motivo, siente como si este le arrebatara el calor del cuerpo. «¿Por qué me habré alterado de ese modo y se me habrá subido la sangre a la cabeza? —piensa—. Solo ha sido un instante. Luego me ha parecido como si la sangre se retirara de golpe y el cuerpo se me enfriara rápidamente. ¿Qué me estará sucediendo? No recuerdo haberme sentido así jamás».

Los dos gatos negros de la casa se le restriegan por las piernas como si la compadecieran. Justo entonces, la olla a presión rompe a hervir. Ella se exclama y apaga el fuego.

—Estaba en la luna. Lo siento.

Lo siento. Lo siento. Se disculpa constantemente con aquel hombre. Aunque no tenga la culpa, le pide perdón. «Si él se marchara, me derrumbaría. Mi derrumbe sería el fin del mundo. Se supone que al mundo no le afectaría que yo desapareciera, pero yo no lo veo así. Mi mayor interés soy yo misma. Por lo tanto, cuando yo me acabe, el mundo también lo hará. Por eso le pido perdón a este hombre: porque quiero permanecer siempre bajo el cobijo de sus alas, porque quiero evitar que se acabe el mundo».

«Por eso... —Estruja el periódico con la mano—. Por eso comprendo perfectamente que la mujer de la noticia matara al marido y se tirara con él al mar. Es que es muy angustioso pasar toda la vida pensando en él. Una termina queriendo ponerle fin: a la relación con él, al mundo, a todo».

«Ya sé que no puedo acaparar todo el interés de este hombre. De ahí que siempre esté enganchada a él o con el síndrome de abstinencia. Es tan angustioso que prefiero matarlo y matarme».

A partir de entonces, la mujer lleva siempre consigo el recorte de aquella noticia

del periódico y piensa en el caso del suicidio doble todos los días mientras observa la olla a presión al rojo vivo: «¿Qué tipo de veneno utilizó aquella mujer? ¿Cómo se hizo con él? ¿Cómo logró que el marido se tomara la bebida envenenada?».

También se plantea cuestiones como: «¿Qué sintió al arrojarse al mar? ¿Por qué eligió hacerlo? ¿Cómo de fría estaba el agua? ¿Será muy penoso no poder respirar bajo el mar? ¿Cómo de cruel debe de ser la muerte?».

Mientras está inmersa en estas cavilaciones, el hombre le pregunta:

—¿Aún no está lista la cena?

Ella interrumpe sus pensamientos y lo escucha hablar de la gente de su empresa, del trabajo y de la economía mundial. Asiente con la cabeza mientras come lo que ella misma ha preparado, pero en un rincón de su mente sigue pensando en el suicidio doble, como si tuviera un bajo continuo sonando de fondo.

Un día, de pronto, le pide al hombre:

—Quiero ir a la playa.

—¿En esta época del año? —se extraña él—. Sí, con el frío que hace, lo único que se puede hacer allí es mirar cómo la superficie gris del mar y las olas blancas chocan contra la roca y se deshacen.

—Con eso me vale —responde—. Quiero ir a la playa como sea, aunque ahora haga frío. No pretendo bañarme, así que no importa. Solo quiero estar frente al mar.

Él, sin percatarse de lo funesto de la propuesta, se limita a inclinar su vaso de cristal tallado lleno de sake frío y comenta algo así como:

—Vaya, la luna se refleja dentro del vaso. Qué noche tan hermosa.

—Es verdad. Las noches son hermosas y apacibles —asiente ella, mientras por dentro piensa: «Siempre es por el día cuando me entran ganas de gritar».

—Cariño, ¿tú me quieres de verdad? —le pregunta, lívida. Él se sorprende:

—¡Serás boba! Si no te quisiera, no viviría contigo, ¿no?

—No me refiero a eso —murmura. Luego se queda callada: «Yo no me conformo con esa forma de amar tan ordinaria. No quiero que me ames como a una mujer cualquiera. Quiero que me ames de una forma distinta.

En realidad no quiero que te intereses en mi faceta de mujer. Lo que quiero es volver la vista atrás a aquella época antes de convertirme en adulta, cuando era una niña y parecía que fuera a asfixiarme, para que arregles mi conciencia enturbiada, me ames y

me brindes seguridad. Qué maravilloso sería que este hombre amara hasta mi pasado».

—¡Qué vas tú a quererme! —musita. Pero él no la oye.

Muchas mujeres se miran en el espejo hoy también. Se desenredan el pelo con un peine, se pintan los labios y se echan perfume. No lo hacen para nadie, ni siquiera para los hombres, sino solo para sí mismas. Se quedan embelesadas observándose en el espejo. Saben que, si apareciera una niña idéntica a ellas, la devorarían. Se imaginan la enorme satisfacción que supondría tragarse su propio reflejo entero y acabar con él sin que ningún hombre lo hubiera mancillado.

Vestidas con prendas vaporosas como de seda fina, las mujeres brincan, retozan y ríen. Están en la cumbre del placer, como si no existiera el pasado, el futuro ni el dolor. Se reparten macarrones dulces de colores pastel, cruzan miradas y ponderan cuál será su siguiente travesura. Al igual que las doncellas de la costa de Baalbek, por el simple hecho de parecerse tantísimo entre ellas y formar un conjunto, carecen de carácter como individuos.

Las doncellas seguirán divirtiéndose eternamente sin corromperse, despojadas de su individualidad. Aunque las toquen manos tan inmundas que den ganas de vomitar, ellas les devolverán el trato más cruel olvidándolas e ignorándolas. Y luego se comportarán como si nunca nadie las hubiera mancillado.

Lo único que puede deshonar a esas doncellas es el mal de la frigidez. Si no se corrompen, es porque están hechas de un material insoportablemente inorgánico, como los minerales. Aunque van a la deriva, se ven apresadas por augurios del mismo tipo que ellas y que también flotan a la deriva a su alrededor: melancólicas sombras, negras como el carbón, que se acercan sigilosamente; una locura falta de pasión que convierte sus cuerpos en algo distinto a la carne.

La mujer que se vio impulsada al suicidio doble también fue, en su día, una de aquellas doncellas hijas del Sol y no preveía un futuro en que fuera a arrojarle al mar, pero ese momento se le fue aproximando imparablemente. Por eso a una mujer que mantenía una relación ambigua con un hombre, sin saber si la amaba o no, no le resultaban ajenos los crímenes pasionales. Se sintió incitada a actuar de aquel modo como cuando la olla a presión, al ponerla en el fuego, hierve y rompe a chillar enseguida.

Sin embargo, para la mayoría de las mujeres, comprar veneno es algo que requiere demasiada determinación y las armas blancas les pesan demasiado para empuñarlas. De ahí que gran parte de ellas acaben pasando la vida perturbadas por dentro, albergando presagios funestos.

Hoy la mujer vuelve a poner la olla a presión en el fuego y a soñar despierta con el incidente del suicidio doble, como si disfrutara con ello; con la mirada fija en la olla enturbiada, igual que si estuviera en un culebrón. Para ella es un asunto de máximo interés, pero ni siquiera le queda la vitalidad necesaria para pasar a la acción. Por eso simplemente se lo imagina y dice:

—¡Qué horror!

Entonces se plantea que algún día ella también podría llegar a cometer un acto como aquel, se horroriza de nuevo y pone freno a su imaginación.

Un día, al salir a tirar la basura, la mujer ve a un matrimonio con unas bolsas de viaje y un niño con una mochila.

—Nos vamos a la playa —dice la esposa—. Aunque es la época que es y ya sabemos que está refrescando, el niño, nuestro principito, dice que quiere hacer un picnic allí y no atiende a razones. Así que mi marido y yo hemos decidido ir con el coche.

—¡Vaya! —exclama la mujer—. Con el fresco o, mejor dicho, el frío que hace. Tened cuidado, que sería muy peligroso que os arrastrara una ola en esta época.

—¿Te ocurre algo? —le pregunta el marido—. Parece que te encuentres mal. Tienes los labios morados. ¿No comes? ¿No duermes bien?

—Pues sí —confiesa ella—, últimamente no estoy fina: cuando pienso que me estoy acalorando, de repente me quedo helada.

—¡Qué indiscreta eres! —le recrimina la esposa—. Las mujeres de nuestra edad sufrimos muchos cambios en el cuerpo, pero mira que ponerte a hablar de ellos...

Perdona, ¿eh? Si yo ya te entiendo —se disculpa.

—¡Venga, vámonos ya a la playa! —exclama el niño, tirándole de la falda.

—De verdad que nuestro principito consentido no tiene remedio. ¡Hasta luego! —se despide la esposa.

La mujer les desea un buen viaje y ellos suben al coche.

—Id con cuidado —murmura en dirección al vehículo.